

## ¿Ética en la informática?

Miquel Barceló

Desde hace ya una treintena larga de años se habla de la necesidad de una actitud ética en los negocios (véase por ejemplo el libro de texto ya clásico *Business Ethics*, de Richard T. de George, que va ya por su sexta edición). También, incluso en las universidades no confesionales, se ha introducido la reflexión ética sobre la actividad profesional de la ingeniería, como vengo haciendo yo mismo en la Facultad de Informática de Barcelona (FIB-UPC), desde inicios de la década de los noventa, con asignaturas como "Impacto social y ética profesional de la informática" (ISEPI) u otra más general, de doctorado, que se llamó en su día "Impacto social y ética de la actividad tecnocientífica" (ISEAT).

Por eso fue una satisfacción asistir, a primeros de marzo, al Congreso Internacional sobre Ética y Valores Humanos en la Ingeniería (ICEHVE, *International Conference on Ethics and Human Values in Engineering*), que se celebró del 5 al 7 de marzo en la Universidad Politécnica de Cataluña en Barcelona.

El exitoso Congreso estuvo organizado por la Cátedra VMO de la UPC con ayuda financiera de Endesa: Escuela de Energía y bajo los auspicios y la colaboración de la WFEO (*World Federation of Engineering Organizations*), la mayor asociación mundial de ingenieros.

El que los profesionales de la ingeniería (informáticos incluidos) presten atención a los problemas éticos que puede generar su quehacer cotidiano y consideren interesante reunirse para discutir de ello, dice mucho tanto de la buena voluntad de los organizadores como de los problemas que puede generar (ha generado ya...) la potencialidad y la fuerza de la ingeniería actual.

Si, como se suele decir en los cómics al hablar de esos superhéroes de poderes casi infinitos: "un gran poder supone una gran responsabilidad", el poder que hoy detenta la tecnociencia hace imprescindible una gran atención a los comportamientos éticos a pesar de los inexorables condicionantes crematísticos del mercado...

Y la informática no se libra de ello. Veamos un ejemplo clásico.

Cuando, durante la presidencia de Ronald Reagan, los EEUU desarrollaron el proyecto de la SDI, esa Iniciativa de Defensa Estratégica que la prensa denominó popularmente "guerra de las galaxias", hubo bastantes dudas. Algunos informáticos dudaban de un sistema de defensa completamente automatizado y dependiente sólo de unos programas supuestamente libres de errores. Los informáticos con experiencia sabemos que los programas sin errores, simplemente, no existen...

Para afrontar las discusiones y la oposición que crecía, los políticos convocaron una reunión de expertos. Afortunadamente, al menos uno de esos expertos presentes en una de las reuniones más importantes sobre la SDI, David Parnas, fue lo suficiente honesto para abandonar la reunión y publicar sus dudas sobre el procedimiento que se estaba siguiendo. Resultó que todos los expertos presentes en esa reunión estaban involucrados en proyectos de investigación que dependían de financiación proveniente del Departamento de Defensa y, de hecho, tal y como denunció Parnas, no eran realmente libres para dar una opinión verdaderamente imparcial sin poner en peligro la financiación de su propio trabajo...

La actitud ética de Parnas queda para siempre como ejemplo, aunque, como era de suponer, Parnas tuvo que acabar trabajando como investigador en el Canadá, tal vez por efecto de su denuncia. Algo parecido a las desgracias que se ceban sobre el personaje que

interpretaba Russel Crowe en *El dilema* (1999, director Michael Mann), por contarle al periodista interpretado por Al Pacino cómo su empresa, una tabaquera, conocía ya el carácter adictivo y la peligrosidad de la nicotina y, pese a eso, seguía comercializando tabaco.

Afortunadamente Parnas no es el único. Cada vez más, en el seno de las organizaciones de los profesionales de la tecnociencia arraiga la necesidad de ser conscientes del gran poder transformador de la tecnología. Muchas asociaciones de científicos y de ingenieros (como la misma WFEO o, en términos informáticos, la ACM y otras) se dotan hoy de códigos éticos al estilo del famoso juramento hipocrático de los médicos.

Nadie se atreve hoy a negar la responsabilidad social de los creadores de la tecnociencia en el mundo moderno. No existe la ciencia o la tecnología absolutamente neutra.